

PUNTO DE IMPACTO

James Queally

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

PRÓLOGO

SIEMPRE DECÍAN QUE NO HABÍA que correr. Ni resistirse.

Mientras corría a toda velocidad por la calle Once Sur, sintiendo que los pulmones le ardían por el aire frío y por demasiados “Solo fumaré dos cigarrillos al día”, Kevin Mathis deseó que pudieran haber visto de qué estaba escapando y por qué no siempre importa lo que uno haga o deje de hacer.

Avanzó resoplando, con los puños cerrados, balanceando los codos hacia las caderas con movimientos violentos. Pégale al enano, decía siempre el entrenador de atletismo, durante la semana entera en que él asistió a entrenamiento en el primer año del instituto.

En aquel entonces, a los catorce años, con menos kilometraje en las vías aéreas y menos comida basura de las dos de la mañana en el abdomen, tal vez hubiera logrado sacarle ventaja al que lo perseguía. Pero al oír cómo se acercaban los pasos, retumbando en los espacios que había entre los edificios de apartamentos y las casitas con forma de pajareras imposibles de diferenciar ni siquiera cuando el sol iluminaba la zona de West Ward de Newark, comprendió que no serían sus piernas las que lo mantendrían con vida.

Kevin giró bruscamente a la izquierda para alejarse de

las pocas farolas callejeras que funcionaban y penetró en el aparcamiento vacío de un local de Family Dollar; se mantuvo pegado a la cerca de alambre que separaba los espacios para aparcar de las casas en hilera, buscando el hueco que había hecho hacía muchos años, el atajo que seguía utilizando de vez en cuando.

Los gritos llegaban en andanadas, palabrotas insertadas entre órdenes autoritarias. Lenguaje de policías, pero Kevin no estaba seguro de que aquel tipo fuera uno de ellos. La forma en que se había acercado al porche de su casa, sin uniforme, con mucha más seguridad que cualquiera de los que vagaban por el vecindario a la una de la mañana, le había hecho pensar que podía estar ocultando un arma o una placa de identificación.

Kevin ya había sido arrestado con anterioridad; conocía los pasos de ese baile. Además, con todo lo que estaba sucediendo, los policías que sabían dónde encontrarlo también sabían que era mejor no meterse con él. Por su propio bien.

Con todo, las únicas personas que se acercaban a su puerta a esa hora de la noche eran delincuentes o amigos. Este hombre no era ninguna de las dos cosas, lo que constituía un problema, cosa que a su vez significaba que debía escapar.

Pasó las manos por la cerca hasta que un extremo afilado le raspó uno de los dedos. El hueco era estrecho, con bordes puntiagudos. Habían hecho un pésimo trabajo con las pinzas cortadoras años atrás, en el instituto, cuando unos amigos y él abrieron esta vía de escape.

El metal le arañó el antebrazo y le dejó un rasguño de color tiza que no sangraba pero dolía como el demonio. Algo salió corriendo bajo su pie cuando se arrastró por el césped seco y los escombros. Un animal callejero al que había despertado de pronto y que huyó hacia la fría noche de noviembre en busca de otro escondite.

Tal vez ambos tuvieran suerte.

Kevin avanzó dando tumbos, con las manos delante del cuerpo, como si estuviera aprendiendo a caminar. Había otro agujero en la cerca al final de la manzana, cortado de la misma manera, que conducía al cementerio Woodland.

Oyó un chillido agudo detrás de sí. Su amigo no buscado había encontrado el hueco y la cerca no parecía tener interés en dejarlo pasar. El metal se sacudía como un llavero dentro de una secadora, y los chillidos furiosos fueron quedando atrás cuando Kevin cruzó por el hueco al final del callejón.

Salió en tromba a la calle y sintió una oleada de adrenalina en las piernas al imaginar a aquel hombre armado con una pistola luchando con el atajo. El cementerio Woodland estaba a la vista; una ráfaga de viento invernal sacudió los viejos robles, cuyas ramas frondosas se agitaron en un saludo.

Algunos pensaban que en Woodland era más fácil encontrar cadáveres con una linterna que con una pala. El cementerio no era el sitio ideal donde refugiarse si uno deseaba seguir respirando, pero, a menos que uno de los difuntos decidiera abrir sus puertas de par en par y ofrecerle un escondite con calefacción incluida, iba a tener que servirle. Aquel antiguo cementerio, con sus mausoleos decorados y sus criptas de granito a medio llenar, era un poco lujoso para los residentes del vecindario, que, por lo general, terminaban organizando funerales muchos años antes de que cualquier madre tuviera que pensar en algo así. La mayoría de los que habían sido sepultados en Woodland habían muerto en años recientes; sus vidas habían terminado en la cercana avenida Springfield, uno de los corredores de la droga más famosos de Newark.

Cualquiera que estuviera en el cementerio Woodland a esa hora de la noche corría el riesgo de convertirse en residente permanente. Había muchas posibilidades de que se lo llevaran en una ambulancia y dejaran a su afligida familia preguntándose cómo diablos iba a hacer para pagar el traslado de vuelta al mismo sitio dentro de un coche fúnebre.

Su madre no tendría que preocuparse por eso. Había soltado en el humo de las drogas que fumaba toda responsabilidad hacia él, vivo o muerto, antes de aquellas prácticas de atletismo en el primer año del instituto. Papá, por otra parte... Kevin no quería pensar en eso. Tenía que llegar vivo al menos hasta su cumpleaños número veintiuno para dejar que su padre viviera la fantasía de invitarlo a esa primera cerveza legal, a pesar de que ambos sabían que había comenzado a beberlas a escondidas hacía años.

Se ocultó detrás de una estructura de piedra que tenía un ángel pequeño sentado sobre la parte superior. Un bebé desnudo bailando una música que nadie oía. Kevin jamás había entendido por qué la gente ponía esos ángeles cerca de las lápidas. No eran más que niños muertos con alas.

Se inclinó hacia delante, flexionando las rodillas, para intentar apagar el fuego que sentía en el pecho. El ritmo de su corazón pasó de ser el de un martillo neumático al de un bombo; trató de deducir quién lo perseguía y por qué. Pensó en la última vez que había estado en el tribunal. En la última entrega que le había hecho Levon y en la anterior. En el policía de la cicatriz zigzagueante. En el vídeo que guardaba en su teléfono móvil.

Se apoyó contra la piedra, respirando normalmente; solo había oscuridad entre él y el lugar del que había huido.

Estuvo a salvo hasta que giró la cabeza hacia el otro lado y descubrió la sombra que asomaba desde el condominio de piedra situado a su derecha, lleno de gente muerta. Un brazo se elevó; allí donde debía estar la mano había una forma que conocía muy bien.

No corrió.

No se resistió.

No importó.

CAPÍTULO 1

—¿Y ESTÁS SEGURO DE QUE funcionará?

No.

—Claro que funcionará —dije mirando a través de las motas de polvo del parabrisas de mi Chevy Impala, nunca demasiado limpio, para luego recorrer con la vista la acera de la comisaría de policía del Tercer Distrito del Departamento de Policía de Newark, buscando al sujeto por el que el agente Anthony Scannell estaba tan preocupado.

—Es que me parece algo... extremo —dijo Scannell tamborileando con los dedos contra el tablero—. ¿Y si dice que no?

Pues entonces, agente Scannell, estarás bien jodido.

—No dirá que no —repuse, mientras observaba cómo una persona doblaba la esquina que llevaba a los escalones de granito de la comisaría de policía; estaba casi seguro de que no era el sujeto que buscábamos. Pero no podía saberlo con certeza, porque los balbuceos nerviosos de Scannell me distraían y me hacían desear no haber dejado de fumar.

—¿Cómo diablos puedes estar seguro? —preguntó.

No lo estaba.

—Lo estoy —respondí, con la lengua muy por delante del cerebro, como siempre.

—¡Maldita sea, es mi carrera la que está en juego! Estoy

con el culo al aire —me informó Scannell, como si yo no lo supiera ya—. Podrías explicarme un poco.

Las quejas me estaban volviendo loco. Scannell era un tipo corpulento, de unos 115 kilos y más de un metro ochenta y cinco de altura. Lo había oído hablar antes, años atrás, cuando ambos estuvimos en la misma sala, pero él no lo sabía. Tenía una voz de barítono natural; era el típico individuo que usaba palabras soeces en lugar de inteligentes para que pareciera que tenía algo que decir. La voz de Scannell se impostaba como áspera hasta que sentía una bota cerca de la garganta, y entonces se convertía en una mezcla de helio y preocupación. Un niño pequeño con una cartilla de malas calificaciones.

Apreté los dientes, pensé en un cigarrillo y los apreté más todavía. Cuarenta y siete días sin fumar. En cuarenta y siete días había corrido por lo menos diez kilómetros, ahorrado casi quinientos dólares y logrado no parecer completamente espástico en un partido improvisado de baloncesto.

Scannell no iba a enviarme de nuevo a la casilla de salida. Pero yo necesitaba algo para reemplazar la nicotina.

Regañar a mi cliente me pareció la mejor opción.

—No estás en posición de hacer preguntas, precisamente —comenté.

—Te he contratado, ¿no?

—Sí, para que te mantenga el culo fuera de la hoguera, no para que te dé una palmadita en la cabeza y te diga que todo va a salir bien.

Scannell se irguió con un gesto levemente amenazante.

—¿Sabes qué sucede cuando alguien me habla de ese modo en el trabajo? —preguntó.

—Si tengo que adivinar, diría que le das una paliza en medio de una redada de narcóticos, te guardas unos seis mil dólares dentro del chaleco y luego presentas un caso de mierda que ni siquiera pasa el filtro de un gran jurado, sientes terror cuando el sospechoso pasa a recoger sus efectos personales y

los nota livianos de contenido, y luego corres a buscar a alguien que te manda a buscarme a mí para que te ayude.

Su rostro se congeló en una expresión estúpida, con la mandíbula caída; Scannell volvió a encogerse en su lado del coche.

—Presuntamente —respondió.

Presuntamente. La palabra inútil que yo solía teclear en frases como “presuntamente disparó a seis personas” o “presuntamente violó a su hijastra”. Un término legal que estaba obligado a utilizar para proteger a esos monstruos, puesto que los juicios por difamación son más comunes que los tatuajes en la parte baja de la espalda.

Habiendo amedrentado a Scannell, volví a concentrarme en la acera, esperando divisar a Antonio Rice antes de que se acercara a la puerta principal de la comisaría de policía. Estaba ubicada en la calle Market, al norte de Ferry, cerca del barrio de Ironbound. Era un vecindario puramente hispano y portugués, pero estábamos aquí desde hacía casi una hora y yo todavía no había visto a un hombre negro por ningún lado. A menos que Rice hubiera pasado inadvertido mientras debatíamos las cosas de la vida con Scannell, ya debería haber llegado.

Me volví hacia el policía, que miraba por la ventanilla y tramaba cómo vengarse de mí.

—Una preguntita —aclaré—. ¿Cómo estás tan seguro de que Rice vendrá aquí a presentar una denuncia? Puede hacerla por teléfono.

—Ese idiota no lo sabe —respondió.

—¿Y estás seguro de que Rice no es más inteligente que el idiota promedio?

—No; de lo que estoy seguro es de que le he hecho un favor enorme al sargento del Tercer Distrito, y de que cuando alguien llamó para tratar de arrojarme a los leones, le dijo que no aceptaban denuncias por teléfono. Luego tuvo la cortesía de darme tiempo suficiente para buscarte a ti.

Dios bendiga la hermandad policial.

Como si fuera su turno para salir a escena, un hombre negro, delgado, vestido con una parka de camuflaje, dobló la esquina de la comisaría; caminaba con paso decidido y una leve cojera. Llevaba el cabello en rastas trenzadas, igual que en la fotografía de la ficha policial que yo había visto en el sitio web de la penitenciaría estatal.

—Ahí está, es él —masculló Scannell, muy erguido.

Aguardé unos segundos para permitir que Rice se acercara más a la comisaría y vi que Scannell perdía la calma. Una pequeña parte de mí deseaba permanecer en el coche y dejar que el universo sacara su basura. Pero necesitaba el dinero más de lo que el departamento de policía necesitaba deshacerse de un imbécil como Scannell, que sin duda alguna iba a espantarme clientes cuando inevitablemente se quejara, en todos los bares de policías de aquí hasta Montclair, de haberse quedado sin trabajo.

Noviembre me saludó con una ráfaga helada cuando descendí del coche, y me obligó a ceñirme la chaqueta alrededor del cuerpo mientras cruzaba la calle para interceptar a Rice.

—Disculpa —dije, casi trotando para ponerme a la par. Me ignoró.

—Eh, jefe —probé de nuevo, y obtuve un medio giro de cabeza, pero nada más.

—¡Eh, Tonio! —grité—. ¡No corras tanto, joder!

Se detuvo y se volvió.

El idioma vernáculo de Newark era abrasivo.

Antonio me miró de arriba abajo, tratando de deducir si me conocía. Si era policía o delincuente. Amigo o enemigo. Estaba a cincuenta metros de un comisaría y ni siquiera allí se sentía seguro. Era el tipo de escepticismo ensayado que impedía que los depredadores se convirtieran en presas en las zonas Oeste y Sur de Newark.

Al menos por un rato.

—No te conozco —declaró.

—No.

—Pero sabes mi nombre.

—Digamos que sí. Y también por qué estás aquí —dije.

Antonio dio un paso atrás y se llevó instintivamente la mano hacia la cintura.

—No vas armado, Antonio. Tú y yo sabemos que no vas a entrar en la comisaría a presentar una denuncia contra un agente llevando una pistola oculta —proseguí—. Además, solo quiero hablar.

—Habla, entonces. Comienza por decirme cómo diablos has sabido que iba a estar aquí y por qué. No, espera, primero dime quién coño eres.

—Me llamo Russell Avery —respondí—. Y creo que esto será mucho más fácil si no entras en ese edificio.

—¿Es una amenaza?

Me pasé una mano por el pelo y estiré el cuello. ¿Por qué diablos estaban todos tan a la defensiva, siempre?

—No, tío. Yo no lanzo amenazas. Creo en el beneficio mutuo. Mira, si entras en la comisaría, no vas a estar más cerca del dinero que te falta —dije—. Si no entras, las cosas podrían resolverse de otra manera.

—¿Y qué si no se trata de dinero, eh? —preguntó Antonio—. A lo mejor solo quiero que ese gordo hijo de puta pague por lo que ha hecho, quiero cumplir con mi deber cívico, ¿me captas?

—Siempre se trata de dinero, Antonio. Pero te seguiré la corriente, si quieres fingir que no es así —dije—. Bien, supongamos que entras en la comisaría, ¿de acuerdo? Presentas la denuncia. Te reúnes con un detective del tan mentado departamento de Asuntos Internos. Luego, el “gordo hijo de puta”, como tan bien lo describes, viene hasta aquí para defenderse de los cargos con un abogado del sindicato. Después llega el juicio administrativo. ¿Sabes con qué frecuencia eso termina con problemas para el policía? Coge

como arrojar una moneda al aire y ver qué sale, es posible que yo también hubiera estado allí con Key.

El total de homicidios de la ciudad bajó al año siguiente. Y al cabo de otro año volvió a bajar. La gente dejó de seguir a Key a las calles y mi tribu se distrajo con un senador que utilizó fondos de campaña para esconder el hecho de que se estaba encamando con alguien que no era su esposa.

Las protestas fueron muriendo, pero la gente también, justo a un ritmo que la ciudad podía hacer pasar por progreso. El tiempo no cura las heridas, pero ayuda a acostumbrarse a las cicatrices.

Key siguió enviando mensajes de texto todas las semanas, anunciando otra manifestación en algún cruce de calles. Miércoles a las 17 horas: un grupo de activistas recalcitrantes que se consideraban la Coalición Contra la Violencia de la ciudad. Hablaron por el megáfono, pero no asistió nadie de los que tenían que escuchar. La ciudad solamente brindaba su apoyo a las personas como Key cuando estaba enfadada, y en aquel momento Newark soportaba su estándar normal de situación de mierda, pero tolerable.

—¿Has venido hasta aquí solo para que te regañe? —preguntó Key con los ojos fijos de nuevo en el periódico.

—Quería saber si tenías alguna otra cosa para mí.

La mayor parte de mi trabajo provenía de policías; en gran medida, consistía en arreglarles la situación a agentes como Scannell que se habían metido en problemas. Técnicamente, yo era un investigador privado con licencia, pero no me dedicaba demasiado a la investigación. Más que nada resolvía problemas, arbitraba, hacía de mediador. Pónganle el rótulo laboral que deseen.

Era menos caro que un abogado y los policías que llamaban a mi puerta estaban más que dispuestos a pagar para que les evitara una investigación interna. Tenía suficientes contactos callejeros de mis días de periodista —gente como Key—,

lo que me permitía, por lo general, antes de que algo quedara escrito en papel, poder negociar la paz con quienquiera que estuviera pensando en presentar una denuncia. Siempre y cuando uno de los dos pagara una comisión.

—No puedo creer que te esté faltando trabajo, Russ —dijo Key—. Viendo la manera en que les estás salvando el pellejo a los de Delitos Graves, terminarás por dejar en bancarrota al abogado del sindicato.

—Recuérdame por qué volverás a caerme bien.

—Porque puede que tenga algo para ti que no te provoque ganas de vomitar cuando lo termines —respondió.

—Ya me caes bien otra vez.

Key volvió la página que había estado leyendo y señaló con el dedo un ancho rectángulo gris, a dos columnas, repleto de texto que pasaba de letra en negrita a cursiva y a redonda.

Su uña afilada permanecía suspendida, en la sección de Ley y Orden, sobre un breve artículo que hablaba de un homicidio. Fijé la vista en el autor y vi un nombre que me provocó un dolor imaginario en el pecho.

El artículo hablaba de alguien llamado Kevin Mathis, que “fue abatido de un disparo en el cementerio Woodland aproximadamente a la una de la mañana del miércoles. No ha habido declaraciones por parte del portavoz de la policía en cuanto al motivo, y tampoco se ha identificado a un sospechoso”.

—¿Y? —pregunté.

—Ha muerto un chico —repuso Key.

—¿Ha muerto un chico en la zona oeste, nada menos que en Woodland, a esa hora? Sabes perfectamente de qué se trata.

Key hizo un vano intento de entornar sus enormes ojos de caricatura. Me di cuenta de cómo sonaban mis palabras. También me di cuenta de que era probable que yo tuviera razón.

—¿Supones, así como así, que se trata algo relacionado con bandas?

—No; supongo, así como así, que se trata de algo relacionado

con drogas —respondí—. Aquí, las bandas son solo traficantes que se ponen nombres ridículos en clave, ya lo sabes.

—Pues el padre de este chico parece pensar de otro modo —objetó ella.

—No me jodas, Key. ¿Vas a dejar que un padre de buen corazón se crea sus propias patrañas? —exclamé—. Ya sabes cómo termina esto. Antes, yo recibía llamadas como esta una vez por semana. A nadie le gusta creer que su hijo ha muerto a causa de la mierda en que él mismo se ha metido.

—Ese padre dice que puede demostrarlo —repuso Key apoyándose contra el respaldo del asiento y cruzando los brazos. Me dirigió la mirada de madre decepcionada que yo había aprendido a detestar y temer en los seis años que hacía que nos conocíamos.

—¿Demostrarlo? —exclamé—. ¿Tiene una confesión firmada por el que disparó? “Estimado señor...” —Tuve que buscar en el periódico el apellido del chico muerto—. “Estimado señor Mathis” —continué—. “He liquidado a su hijo porque soy una porquería de ser humano. En realidad, él era un buen chico y no lo merecía.”

Me puse de pie.

—¿Qué más vas a decirme, Key? ¿Que ese chico iba a hacer un cambio para mejor en su vida? —ironicé—. ¿Que iba a conseguir un empleo en Home Depot? Hace demasiado que estamos en esto como para dejarnos engañar como principiantes.

Se puso de pie y me fulminó con la mirada.

—Acabas de arrojarme encima todos los prejuicios y estereotipos que existen —declaró.

Quise replicar, pero mi lengua se había quedado sin municiones. Key tenía razón y lo sabía. Y yo no pensaba pasar de Guatemala a Guatepeor siguiendo la discusión con ella.

—Habla con ese hombre. En privado. Investiga —me pidió—. Es tu trabajo, ¿no?

—No tengo tiempo para esto, Key, de verdad —repuse.

—En mi opinión, tienes todo el tiempo del mundo. Yo no tengo ningún otro trabajo para ti —dijo—. A menos, por supuesto, que quieras seguir haciendo lo que has estado haciendo todo el día.

Me quedé mirándola, pero en lugar de ver las arrugas de sus ojos vi el rostro gordo de Scannell, olí su aliento a café y oí su quejumbroso ruego de que lo salvara por incompetente y cuasi corrupto. Pensé en que él cobraría una pensión mientras que yo terminaría de pagar los préstamos de la universidad justo a tiempo para adquirir una hipoteca.

No quería hacer nada por los policías ni por este padre sufriente que se negaba a aceptar que su hijo traficante había muerto por motivos de hijo traficante.

Pero los policías nunca me miraban de la manera en que me miraba Key.